

El fresco de la casa de Iulia Felix: Anatomía de una *schola*

The Fresco of Iulia Felix'House: Anatomy of a *schola*

MILAGROS MORO IPOLA*

RESUMEN

Antes del contacto de Roma con las ciudades griegas del sur de Italia durante la Guerra contra Pirro en el siglo III a.C., el tipo de educación que recibían los jóvenes romanos era el reflejo de la sociedad agraria que era por entonces Roma. Los hijos estaban bajo la tutela de la madre o del aya hasta los siete años, aproximadamente, cuando el padre se hacía cargo de su formación. La relación con Grecia y su cultura revolucionó el sistema educativo tradicional y la enseñanza casera y honorable, como decía Plutarco (Quest. Rom. LIX) pues «la gente enseñaba sólo a sus amigos y familiares», a cargo del paterfamilias dejó paso a una otra peor valorada impartida por maestros y profesores.

El conocido fresco escolar encontrado en la casa de Iulia Felix en Pompeya nos sirve de guía para descubrir ese mundo a través de una imagen.

PALABRAS CLAVE:
*Escuela-Maestro-Maltrato-Formación-
Alumno-Didáctica.*

ABSTRACT

Before the contact with the Greek cities in southern Italy during the war against Pyrrhus in the IIIrd century b.C., the young Romans had a kind of upbringing that was a reflection of the agrarian society Rome was at that time. Children were a guard of the mother or the governess until they were around seven. Then, the father took charge of their training. The relationship with Greece and its culture revolutionized the traditional education system and the home and honorable upbringing in the charge of the paterfamilias, as Plutarch said, (Quest. Rom. LIX) because «people only taught the friends and the relatives», gave way to another one, given by teachers and not valued by society at all.

The known school fresco found in the House of Iulia Felix, in Pompeii, can serve a guide in order to discover this world through an image.

KEYWORDS:
*School-Teacher-Mistreatment- Training-
Pupil-Didactics.*

* nani_poppins@hotmail.com

1. LA CASA DE IULIA FELIX

La de Iulia Felix (Reg. II, Ins 4, 2) es una de las mayores casas de Pompeya ocupando el espacio correspondiente a dos *insulae*. De hecho tiene unas dimensiones y tipología propias de una *uilla*. Un tercio del espacio lo ocupa el propio edificio mientras que los dos restantes se dedicaron al huerto y al jardín. Después del terremoto del año 62 d.C., la propietaria de esta suntuosa casa, Iulia Felix, hija de Spurius, decidió, aprovechando la falta de alojamiento en esos momentos en la ciudad a causa del seísmo, alquilar parte de su casa. Como las termas del Foro sólo estaban parcialmente en uso, también abrió sus baños privados al público.



Figura 1. Localización de la casa de Julia Felix en Pompeya.

IN PRAEDIS I[VLI]AE SP(VRI) F(ILIAE) FELICIS / LOCANTVR / BALNEVM VENERIVM ET NONGENTVM TABERNAE PERGVLAE / CENACVLA EX IDIBVS AVG. PRIMIS IN IDVS AVG. SEXTAS ANNO[S CO]NTINVO[S QV]JINQVE / S. Q. D. L. E. N. C.¹

Los ingresos extras por el alquiler de parte de su propiedad, ayudarían a Iulia Felix a hacer frente a los gastos y, así, poder mantenerla.

¹ En las posesiones de Iulia Espuria, hija de Felix, se alquilan un baño muy cómodo bien equipado para gente distinguida, tiendas con sus habitaciones y comedores en el primer piso desde el 1 de agosto dentro de seis años, durante cinco años completos. Si a alguien le interesa, póngase en contacto con nosotros (CIL IV, 1136).

La casa, que tiene su entrada por la vía de la Abundancia, se organiza alrededor de un amplio jardín porticado por un lado. Las esculturas que lo decoraban así como algunas de las pinturas encontradas en la casa se encuentran en la actualidad expuestas en el Museo Arqueológico de Nápoles mientras que el fresco de Apolo y las Musas se exhibe en el Louvre en París.

El complejo fue escavado en varias fases. Primero la zona N-W entre 1755 y 1777 aunque fue enterrada nuevamente después de los daños que se habían causado. La excavación se reanudó nuevamente entre 1851-1852 y, finalmente, ya en el siglo XX, entre 1948 y 1954 se sacó a la luz todo el perímetro.

El fresco²

(...) este arte (...); está profundamente ligado a la evolución de la mentalidad romana, hasta el punto que la pintura nos ayuda a penetrar en el mundo espiritual de los pompeyanos³.

En el atrio de la casa se descubrió un friso decorado con diferentes escenas de la vida cotidiana de la ciudad. Los frescos fueron despegados de la pared durante la primera fase de la excavación de la casa en el siglo XVIII y en la actualidad se encuentran expuestos en el Museo Arqueológico de Nápoles.

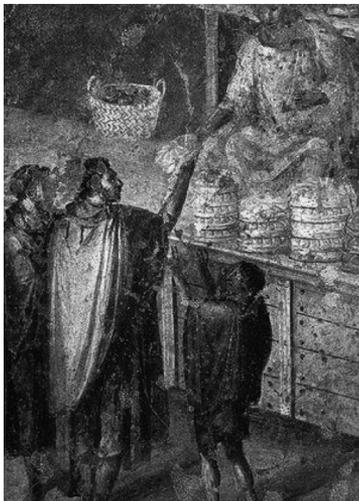


Figura 2. Frescos provenientes de la Casa de Iulia Felix. Museo Arqueológico de Nápoles.

² Quiero agradecer al soprointendente Giuseppe Proietti y a la Soprintendenza Speciale per i beni archeologici di Napoli e Pompei toda la información que nos han facilitado sobre la pieza. Para un análisis del tema se recomienda la consulta de la siguiente bibliografía: Baldassarre, I.; *PPM. Pompei. Pitture e mosaici. Voll. IX*, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1990-2003.

³ Etienne, R., *La vida cotidiana en Pomeya*, p. 231.

El fresco que nos interesa y sobre el que va a girar este artículo formaba parte de ese friso. Es éste:



Figura 3. Fresco con una escena escolar. Casa de Julia Felix. Museo Arqueológico de Nápoles.

Es un pequeño fresco de 50cm. de alto por 68cm. de largo (nº inv. 9066) expuesto en la actualidad en la sala LXXVIII de la colección de Frescos Pompeyanos del Museo Arqueológico de Nápoles.

Representa a un escolar siendo azotado. La escena del castigo tiene lugar en un pórtico de columnas corintias unidas por guirnaldas. Delante del pórtico aparece un grupo de alumnos con sus *tabulae ceratae* sobre las rodillas. A la izquierda se reconoce la figura del *magister* caracterizado por la barba en el mentón.

Su autor o autores emplearon colores más bien oscuros y con una cierta simplicidad a base de pinceladas rápidas y espesas. De estas técnicas junto al tema que trata, nuestro fresco se puede considerar como uno de los más logrados ejemplos de la pintura «popular». Tiene una datación entre 62 y el 79 d.C. y pertenece al IV estilo Pompeyano.

Para facilitar su comprensión y poder realizar un análisis más detallado vamos a utilizar a partir de ahora y, en lugar de la pintura original, el siguiente dibujo realizado por Mau⁴.



Figura 4. Dibujo de la escena realizado por Mau.

2. EL ESPACIO

Plutarco (*Quaest. Rom.* LIX) cuenta que la primera *schola* privada en Roma la abrió Espurio Carvilio, liberto de Espurio Carvilio Maximo, en los últimos años del s. III a.C.⁵ aunque Tito Livio (III, 44 6; VI, 25 9) y Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.*, XI, 28 3) mencionan que ya había escuelas en el foro en los tiempos del rapto de Virginia, hacia mitad del siglo V a.C. Sin embargo no fue hasta el contacto con el mundo griego cuando en Roma comenzaron a proliferar las escuelas abandonando, en la mayoría de los casos, el *paterfamilias* el papel de educador de los hijos a favor del maestro «profesional».

El maestro, trabajador autónomo que dependía de sus honorarios⁶, debía encontrar para sus lecciones el lugar más adecuado que sus condiciones económi-

⁴ Mau, A. & Kelsey, F.W. (trad.); Pompeii, *its Life and Art*, Nueva York, 1902, pp. 54-6.

⁵ Espurio Carvilio Maximo Ruga fue cónsul en el año 234 a.C. y de nuevo en el 228 a.C.

⁶ Hubo algunos casos de maestros de cuyos honorarios se hizo cargo el erario público o un colectivo, como intentó hacer Plinio el Joven en su ciudad, Como. «¿Dónde residirán más a gusto que en su ciudad o estarán más controlados que bajo la mirada de sus padres o donde constaría menos que en casa? No se necesita, en verdad, mucho para reunir el dinero y pagar a los profesores y lo que os gastais en alojamiento, viajes, en cosas necesarias cuando se está fuera de casa (y cuando se está fuera se tiene que comprar todo) ¡Juntarlo para la paga! (Pl., *Epp.* IV 13).

cas, normalmente precarias, le permitieran. En el peor de los casos, su economía no le daba acceso ni siquiera al alquiler de una pérgola o de un local y le obligaba a instalarse en la calle bajo los pórticos del foro o de algún edificio público. Nuestro maestro pertenecería a este último grupo. La escena, según Mau, podría tener lugar ya no en el propio foro de Pompeya sino en algún edificio cercano, tal vez el templo de Apolo donde ya hay indicios de que se diera esta situación⁷:

IULIUM SIMPLICEM
AED. V. A. S.P.P.V.B.D.R.P.O.V.F. SEMA
CUM PUERIS
ROG (CIL IV 668)

A las evidentes ventajas económicas, el foro o sus aledaños permiten por su localización al maestro darse a conocer y conseguir nuevos «clientes». Libanio (I 102) confesaba que el trasladarse al foro le había sido muy beneficioso pues llegó a doblar el número de alumnos.

Pero si la centralidad es un punto a favor, también tiene muchos inconvenientes. Alumnos y maestro deberán sufrir el ruido que se produce en las diferentes *tabernae* del barrio, las idas y venidas de la gente que se acerca al foro para realizar sus gestiones o en busca de alguna invitación para cenar, el griterío de vendedores, peleas, músicos ambulantes...

Los maestros se sientan en la calle con sus discípulos, y nada impide la prosecución de la enseñanza y el aprendizaje, incluso en medio de una multitud tan densa (D.Chr., XX 9)

Los protagonistas de nuestra escena no sólo tienen que soportar todo lo dicho sino también a los curiosos que se detienen, algunos detrás de las columnas, a observar lo que allí ocurre.

La clase se imparte casi a la intemperie solamente aislada de los ruidos y de los curiosos de la calle por una cortina (Mart., XXII 57)

Pero si las aulas al aire libre como la nuestra deben convivir con el ajetreo y el ruido de la ciudad, ellas, a su vez, también son molestia para el vecindario que, como hace Marcial, se queja reiteradamente.

¿Me preguntas por qué voy con frecuencia a mis pequeñas tierras de Nomento y al humilde hogar de mi villa? En la ciudad el pobre no tiene ocasión de pensar, Esparso, ni de descansar. Impiden vivir los maestros de escuela por la mañana, por la noche los panaderos, los martillos de los caldereros durante el día entero. (Mart., XII 57)

⁷ Existen varias inscripciones de este tipo en diferentes edificios y partes de la ciudad: CIL IV 8562; CIL IV 698; CIL IV 694; CIL IV 673, CIL IV 275.

Deja marchar a tus alumnos, ¿quieres, charlatán, recibir por callar lo mismo que recibes por gritar? (Mart., IX 68)

Todavía en el siglo XVI Juan Luís Vives hacía estas recomendaciones con respecto al emplazamiento de debía tener una escuela: «(...) *Tampoco debe estar al lado de un camino público a fin de que no se distraiga la atención de los escolares con la novedad de los que van y vienen*» (Vivis Opera Omnia VI 272-278).

3. EL MATERIAL

Este tipo de escuela no necesita de compleja infraestructura ni de mucho material. Únicamente la cátedra del maestro, unos bancos para los alumnos y lo imprescindible para leer y escribir. Como ya hemos comentado más arriba, en ocasiones, podía haber un *velum* que aislaba a profesor y estudiantes si no del ruido sí, al menos, de las miradas curiosas del exterior.

En las *scholae* no hay ni mesas ni pupitres lo que obliga a los alumnos a apoyarse sobre las rodillas para poder escribir. Tampoco hay un lugar donde poner el material por lo que tablillas, tinteros, *volumina* y lucernas tendrán que ser dejados en el suelo. A veces sucede que hay más alumnos que sitios disponibles y eso ocasiona alguna discusión.

Buenos días, compañeros. Déjame mi sitio. Córrete un poco. Ven aquí. Este es mi sitio. Lo he cogido antes que tú. Me siento y me pongo a trabajar. (CGL III 646, 2)



Figura 5. Tablillas y stili procedentes de Pompeya. Museo Arqueológico de Nápoles.

Si la escuela no dispone de bancos o no hay espacio suficiente son los alumnos los que traen su propia silla y, en el peor de los casos, siempre quedan los escalones del suelo.

El material de escritura está compuesto por las *tabulae ceratae*, tablillas de madera cubiertas de cera y muchas veces ennegrecidas artificialmente para que su escritura fuese visible con mayor facilidad y los *volumina*. En las *tabulae* se escribe con la ayuda de un punzón, *stilus*, normalmente de metal o madera aunque también los puede haber de hueso e incluso marfil. El lado contrario del *stilus* está aplanado para, en caso de equivocación, poder poner de nuevo la cera en su sitio. Por eso la frase *stilus vertere*, «volver el *stilus*», significa en latín borrar.

Copio el modelo: una vez escrito, se lo muestro al maestro, quien me lo corrige caligrafiándolo... pero yo no sé copiarlo: Tú que sí sabes, ¡hazlo por mí! Borro; la cera es dura; debería ser blanda (CGL. III, 646).

Sigue la corrección, parte con mucho la más útil del estudio del discurso; pues no sin razón se ha llegado a creer que el punzón no hace menos importante su tarea cuando borra (Quint, X, III, 4).

Las tablillas no solo se utilizaban de forma individual sino que también podían ir unidas mediante correas o anillas formando dípticos, *duplices*, trípticos, *quinquiplices*, o polípticos, *multiplices*.

El otro material utilizado para escribir y leer era el pergamino, *membranae*⁸. Cada uno de los lados del *volumen* estaba sujeto a un cilindro, *umbilicus*, de forma que para poder leer había que desenrollarlo con la mano derecha y enrollarlo con la izquierda y aunque los rollos eran bastantes pequeños podían llegar a medir muchos pies de longitud y la lectura en ellos requería no poca habilidad, más si se debía consultar alguna otra hoja, *plagulae*, hacia delante o hacia atrás teniendo cuenta que no había pupitres ni mesas donde poder apoyarse. Aunque con el tiempo el pergamino acabaría imponiéndose al papiro y a las tablillas de cera, y evolucionaría hacia el libro moderno, en los siglos I y II d.C. el escribir sobre él era más lento que en la cera porque constantemente se tenía que estar mojando la pluma en el tintero y presentaba más dificultades a la hora de borrar. Otro inconveniente que presentaba el pergamino era su precio. Resultaba caro y la mayoría de los alumnos no se podía permitir comprar hojas nuevas. Sin embargo una forma más económica de poder usarlo y ahorrarse algunos sestercios consistía en aprovechar el reverso de hojas ya utilizadas, *palimpsesti*.

⁸ Parece que Tholomeo V (203-181 a.C.), envidioso de la prosperidad de la biblioteca de Pérgamo, prohibió la exportación de papiro. A falta de la materia prima, Pérgamo comenzó a crear un material propio de escritura refinando el cuero de animales ovinos al que se denominaría *Pergamino* en honor a la ciudad en la que había sido creado.



Figura 6. Tintero de terracota, pluma de caña y de bronce. Museo Arqueológico de Nápoles.

Si te condena, deberás correr enseguida a los cajones de los comerciantes de salazón, página digna de ser garabateada al dorso por los niños (Mart., 4, 86).

Para escribir sobre pergamino o papiro se utilizaban plumas, *calamus*, *arundo*, *canna* o *fistula* y tinta, *atramentum*. Las plumas más antiguas eran de caña, de donde procede su nombre, *calamus*, pero más tarde comenzaron a usarse las plumas de ave, *pennae*. Para la tinta se usaba directamente el jugo natural de la sepiá puro o deshecho en agua u hollín mezclado con aceite o resina. La tinta de color rojizo, *rubrarentum* y *cinnabaris*, era de origen mineral.

Los *volumina* se llevaban a la *schola* en la «cartera», *loculus*, y el material de escritura (cálamo, tintero, «sacapuntas», esponja, regla) en el estuche, *theca graphiaria*, colgado del cinturón.

A ver, enséñame tu cálamo y tu «cortaplumas⁹» para afilar la pluma de caña (CGL., III).

A la mayoría, como hoy en día, le gustaba estrenar un *loculus* o tener una *theca* nueva.

Este estuche equipado con su hierro será tuyo: si se lo regalas a un niño, será un regalo de no poco valor (Mart. XIII, 21).

Los alumnos que se lo podían permitir no llevaban ellos mismos todo este material sino que tenían a su servicio un esclavo, *capsarius*, que lo hacía por ellos.

⁹ Para el mantenimiento del *calamus* se utiliza el *scalprum* o el *culter* para hacer los cortes necesarios y la piedra pomez, *pomex*, para ajustarlo.

[Los estudiantes] *van acompañados por un esclavillo que les lleva una pequeña cartera* (Juv. X 115).

La escena en conjunto podría ser muy similar a este dibujo de Giorgio Albertini.

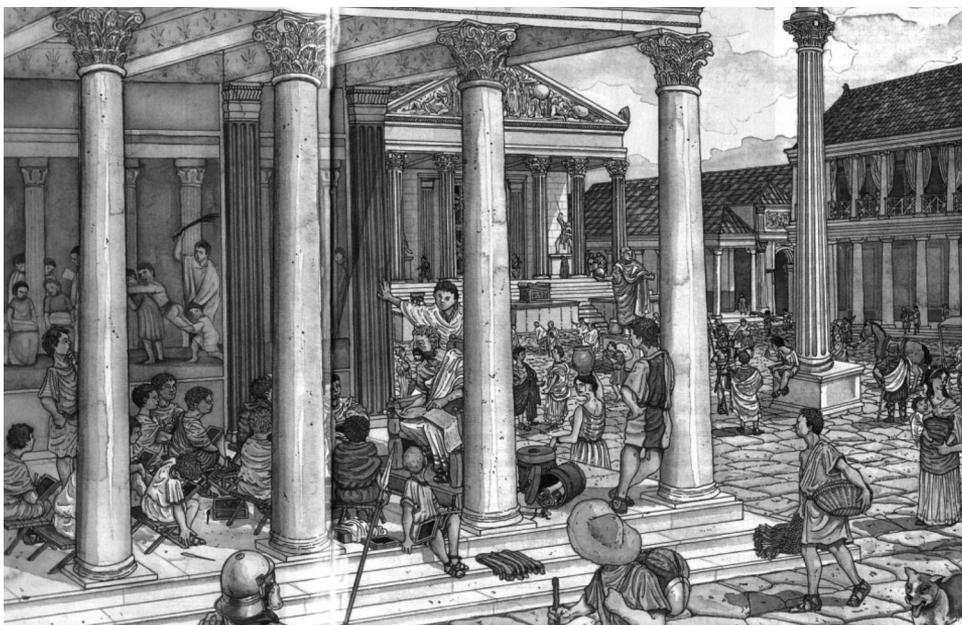


Figura 7. Reconstrucción de una escena escolar. Giorgio Albertini.

4. LOS ALUMNOS

Un primer nivel de la educación en Roma correspondería a la enseñanza elemental y de él sería responsable el *ludi magister*. A sus clases, mixtas, acudirían los niños a partir de los siete años y allí aprenderían a leer y escribir, y a realizar las operaciones matemáticas más básicas. Cuatro o cinco años más tarde comenzaban las enseñanzas del *grammaticus*. En ese momento, muchos alumnos dejan de asistir a la *schola*: los chicos por incorporarse al mundo laboral y las chicas para comenzar a preparar su boda. El aprendizaje de la gramática durará entre cinco y seis, coincidiendo su final con la toma de la toga viril y el paso de los chicos a la edad adulta. El tiempo en cada etapa de la enseñanza es aproximado porque no está reglamentada ni la duración, ni los contenidos exactos que se debían impartir ni el modo en que los alumnos promocionan. Es decir, no sabemos los criterios que se seguían para permitir a un alumno que pasara de la enseñanza elemental a la que podríamos considerar «media» del *grammaticus*.

La jornada escolar, ya fuera con el *ludi magister* o con el *grammaticus*, comenzaba a primeras horas del día.

Todavía los gallos de altiva cresta no han roto el silencio y ya truenas [maestro] con cruel murmullo y azotes (Mart., IX 68).

Levantaos: ya el panadero vende el desayuno¹⁰ a los niños y los gallos anuncian por todas partes el día (Ibid., XIV 223).

Adolescentes y pre-adolescentes con largas jornadas y una semana escolar de ocho días¹¹ y un sistema de aprendizaje monótono y repetitivo, nada ameno y alejado de su realidad. El resultado: la desmotivación, la desgana y la indisciplina de los alumnos.

Ya lo dijo Cicerón que si el método de enseñanza no es agradable al discípulo, pronto se quedará sin auditorio (...). Pásale al maestro de elocuencia lo que al pescador, que, como no ponga en el anzuelo el cebo más atractivo para los peces, se aburrirá a la orilla del agua sin lograr lo que desea (Petr., III).

Esta situación unida al comportamiento propio de la edad nos deja a alumnos aburridos que aprovechan cualquier descuido o ausencia del maestro para «entretenerse» alborotando, jugando o arrancando la cera de las tablillas para hacer figuritas. La consecuencia de todo esto es la escena que estamos comentado.

5. EL MAESTRO

Una de las consecuencias de la falta de control de la enseñanza por parte del Estado era la inexistente formación del profesorado al que no se le exigía por parte de la administración requisito alguno, excepto saber leer y escribir, para ponerse al frente de una clase. El resultado era la bajísima preparación de los maestros que se traducía, por un lado, en los malos y escasos resultados alcanzados por sus alumnos y, por otro, en la incapacidad de los docentes en hacer frente a los problemas con los que se encontraban en sus clases: Poca disciplina de los alumnos, falta de estímulo,...

Todos ellos (gramáticos recordados por Ausonio) tuvieron un afán intachable por enseñar, unos magros frutos y una débil formación; más por haber enseñado en mis tiempos, he de recordarlos (Aus. Commem. Prof. Burd, 8).

¹⁰ Parece habitual que, en lugar de tomar lo en casa, el *ientaculum* se comprara en alguna panadería de camino a la escuela.

¹¹ En estos momentos la semana escolar dura ocho días teniendo únicamente como día no lectivo el siguiente a la *Nundinae*, el día de mercado. Las *Nundinae* se celebraban cada ocho días. Al principio eran considerados como días absolutamente nefastos aunque la ley Hortensia (287 a.C.) los convirtió en fastos. El día siguiente a uno considerado nefasto se tiene por funesto. Augusto, por ejemplo, *no emprendía ningún viaje al día siguiente del mercado* (Suet., Aug. LXXXVII).

La docencia raramente es una vocación y la mayor parte de los que se dedican a ella lo hacen como único remedio para poder subsistir.

Viendo las recomendaciones de Quintiliano se podría hacer un esbozo del método de enseñanza que llevaban a cabo los *magistri*, *grammatici* y *rethorici* romanos durante el Alto Imperio.

Lo primero por lo que aboga Quintiliano es la necesidad de moralidad intachable y seriedad del profesor, más teniendo en cuenta la edad con la que contaban los alumnos. Muchos docentes «*dados a la cólera*» intentaban conseguir el respeto de sus alumnos por medio de una dura disciplina olvidando que el maestro «*no sólo debe respetar a los alumnos sino que debe tratarlos como a sus propios hijos*». Hosquedad a la hora de contestar, poca amabilidad, sequedad en el trato, sería, siguiendo la descripción de Quintiliano, lo más habitual en las aulas romanas.

Al corregir lo que tendrá que ser corregido no sea desabrido y de ninguna manera utilice improperios, (...) porque algunos maestros reprenden como si tuviesen odio (Quint. II, 2, 7-12).

En el momento en que se realizó nuestro fresco, s. I d.C., el método de disciplina más habitual y aceptado empleado en las *scholae* era el castigo físico por mucho que personajes de la altura de Quintiliano, Séneca o Plutarco, estuviesen absolutamente en contra.

Pero que se azote a los alumnos mientras están aprendiendo, aunque sea por una parte costumbre aceptada y, por otra, no lo desaprobe Crisipo, de ninguna manera lo quisiera, primeramente porque es cosa fea y propia de esclavos, y ciertamente un acto de injusticia, lo que por sí mismo se entiende, si cambias esa edad por otra. En segundo lugar, porque si hay alguien de tal vil carácter, que no se corrija por medio de la reprensión, también se hará duro contra los golpes, como los más degenerados esclavos. (Quint. I, 2, 14)

¿Qué tipo de maestro es más digno de los estudios liberales: el que despelleja a sus alumnos por fallos de memoria o porque una mirada demasiado rápida le hace cometer una falta al leer, o el que prefiere corregir y enseñar por la amonestación y fomentando el sentido del honor? (Sen. De Clem, I, 16)

Yo afirmo también que es necesario que los niños sean conducidos hacia los buenos hábitos con consejos y razonamientos pero no, por Zeus, con golpes y ultrajes. Sin duda se embotan y tiemblan ante los trabajos, en parte por los dolores de los golpes, en parte por la injuria. En cambio, las alabanzas y los reproches son más útiles a los hombres libres que cualquier ultraje (...) (Plut. Moralía 12F).

El empleo del castigo físico tanto como medio de disciplina como fomentador del estudio (se penalizaba tanto el mal comportamiento como la falta de estudio, la lentitud en el aprendizaje o el uso de la mano izquierda¹²) tenía sus detractores pero en realidad tampoco tuvo en su contra una fuerte oposición social. Porque in-

¹² A los niños zurdos se les obligaba a escribir con la mano derecha.

cluso entre los primeros, el rechazo no venía por lo execrable del hecho ni por su inutilidad como medida de disciplina sino porque era un sistema que se utiliza con los esclavos y que, por consiguiente, no debía emplearse con niños libres.

Pues parece, de alguna manera, que estas cosas convienen a esclavos más que hombres libres (Ibid., 5 A).

¿Cree [Rústilo, el maestro] en cualquier caso que el cuerpo y el alma de los esclavos están hechos de materia y de elementos como la nuestra? (Juv. XIV, 15).

La opinión de los padres con respecto al trato que reciben sus hijos por parte del maestro varía entre los que no la toleran y los que opinan, como éste del Papiro de Oxyrhynchus, que es beneficioso para ellos.

Castígalo; pues desde que dejó a sus padres no ha recibido otros azotes y le gusta recibirlos; su espalda se ha acostumbrado a ellos, y necesita su dosis diaria.

Otros, como Ausonio, aconsejaban a los niños que aceptasen la situación pero que no tuviesen miedo y que se mantuvieran animosos a pesar *del griterío y del ruido de los palos*. El miedo, decía Ausonio, denuncia los espíritus cobardes.

Cuando se perdía el control de la clase o un alumno no progresaba como el profesor consideraba oportuno y cuando con los gritos ya no se conseguía nada, excepto molestar al vecindario, al maestro con pocos o ningún recurso sólo le quedaba un sistema para volver a controlar a su alumnado: el golpe.

En nuestra escena se ve cómo el profesor golpea a un alumno. El artilugio que maneja y con el que azota al muchacho son las *virgae*, formadas por un mazo de varas de mimbre.



Figura 4. Dibujo de la escena realizado por Mau.

Cuando un alumno era castigado con las *virgae* se le desnudaba hasta dejarle sólo con los calzoncillos y después, con la ayuda de dos compañeros, se le levantaba. Mientras uno lo tenía sujeto por las muñecas y lo apoyaba sobre su espalda, otro lo sostenía por los pies. A la escena se la conoce como *catomus* que en griego significa «sobre los hombros».

¿Qué nos enseña Rútilo? ¿Acaso mansedumbre de espíritu y carácter indulgente para faltas pequeñas? No, lo que enseña es crueldad, pues se goza con el acerbo estrépito de los flagelos, y encuentra que el canto de la sirena no tiene punto de comparación con el restallido de los azotes (Juv., XIV, 15).

La escena no parece ser algo extraordinario en la clase pues el resto de los alumnos continúa con sus tareas sin prestar la menor atención a lo que ocurre.

En el vestíbulo de la *schola* de Potitus¹³ en Pompeya se puede leer esto:

III VAPULO¹⁴ (CIL IV 9093)

También en la lujosa casa de L. Albucius Celsus, en la exedra destinada a servir de *schola* a los hijos del dueño, alguien escribió esta advertencia:

SI TI(BI) CICERO DO(LET), VAPULABIS¹⁵ (CIL. IV 4208)

Esta inscripción probaría que el uso del castigo físico no era, de ninguna manera, exclusivo de la enseñanza pública y habitual hasta en los instructores privados.

Con todo esto no es de extrañar que Agustín de Hipona (Ciu. Dei. XXI 14) se preguntara quién no sentiría horror y no preferiría la muerte antes de regresar a la infancia.

Para terminar, y a modo de reflexión, proponemos una última imagen, aunque en esta ocasión mucho más cercana cronológicamente a la actualidad. Se trata de «La letra con sangre entra o Escena de escuela» de Francisco de Goya¹⁶. Pintado entre 1780 y 1785, este pequeño óleo de 19,7 por 38,7 centímetros (realmente un boceto o un «borroncillo», como los denominaba el artista) muestra como el maestro de escuela se dispone a azotar a un alumno con un latiguillo. Como el pintor pompeyano, Goya centró la atención de la escena en el pobre crío que a «culo pajarero» espera su castigo mientras una niña le sube la camisa. Pero no es este el único paralelismo entre las dos. Al igual que en el fresco de la casa de Lulia Felix, la actitud del resto de los alumnos, a excepción de los dos pequeños que en primer plano lloran después de haber recibido ellos también el castigo, es indiferente a lo que allí ocurre y continúan enfrascados con sus tareas.

¹³ Reg. IX VIII, 2.

¹⁴ He sido azotado tres veces.

¹⁵ Si Cicerón te cuesta, serás azotado.

¹⁶ El maestro de Fuentetodos sentía gran debilidad por los niños y el mundo de la infancia, y con

Las similitudes entre ambas escenas no dejarían de ser puramente anecdóticas si no fuera porque entre ambas transcurrieron nada más ni nada menos que diecisiete siglos.



Figura 8. Francisco de Goya y Lucientes «La letra con sangre entra o Escena de escuela» (1780-1785). Museo de Zaragoza.

La sola idea de que una cosa cruel pueda ser útil ya es por sí inmoral.

(Marco Tulio Cicerón)

FUENTES CLÁSICAS

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, (Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez de Santidrián), Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- JUVENAL, Decimo Junio, *Sátiras*, (Introducción, traducción y notas de Manuel Balasch), Madrid: Biblioteca Clásica Gredos nº 156, 1981.
- MARCIAL, Marco Valerio, *Epigramas*, (Introducción, traducción y notas de Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger), Madrid: Biblioteca Clásica Gredos nº 237, 1997.
- PETRONIO ARBITER, Cayo, *Satiricón*, (Introducción, traducción y notas de F. L. Cardona), Barcelona: Edicomunicación, 1994.
- PLINIO, Cecilio Segundo, *Epistolas*, (Traduzione da Francesco Trisoglio), Unione tipografica- editrice Torinese, 1979.
- PLUTARCO, *Moralía*, (Introducción, traducción y notas de Concepción Morales Otal y José García López), Madrid: Biblioteca Clásica Gredos nº 78, 1984.
- QUINTILIANO, Marco Fabio, *Sobre la formación del orador*, (Introducción, traducción y notas de Alfonso Ortega Carmona), Universidad Pontificia de Salamanca, 1996.

- SÉNECA, Lucio Anneo, *Epístolas morales a Lucilio*, (Introducción, traducción y notas de Ismael Roca Meliá), Madrid: Biblioteca Clásica Gredos nº 92, 2000.
- VIVES MARCH, Juan Luis, *Linguae Latinae Exercitatio* (traducción y notas por Francisco Calero y M^a José Echarte), Valencia: Ayuntamiento de Valencia, 1994

BIBLIOGRAFÍA

- BARGALLO, C., *Lo Stato e l'Instruzione pubblica nell'Impero Romano*, Catania, 1911.
- BARROW, Robin, *Greek and Roman education*, London: Bristol Classical Press, 2001.
- BIANCA, G.G., *La pedagogia di Quintiliano*, Padova, 1963.
- BLOOMER, W.M., *Schooling in Persona: Imagination and Subordination in Roman Education*, Classical Antiquity, 1997.
- BONNER, Stanley F., *La educación en la Antigua Roma. Desde Catón el Viejo a Plinio el Joven*, Barcelona: Editorial Herder, 1984.
- BOWEN, James, *Historia de la educación Occidental I: el mundo Antiguo*, Barcelona: Editorial Herder, 1976.
- EYRE, J.J., «Roman Education in the late Republic and early Empire» en *Greece and Rome* 10 (1963) pp. 47-49.
- FRASCA, R., *Educazione e formazione a Roma*, Bari: Editorial Dedalo, 1996.
- GWYNN, E., *Roman Education from Cicero to Quintilian*, Clarendon Press, 1926.
- MARROU, Henry – Irénée, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires: Editorial Sevil, 1971.
- MAU, A., *Pompeii, its Life and Art*, Nueva York, 1902.
- MONTERO HERRERO, S.; «Ideas pedagógicas de M.F. Quintiliano: La infancia», *Hispania Antiqua* nº9-10, (1979-1980), pp. 209-220.
- MORO IPOLA, M.; *Scholares, Adulescentules et Educatores: la vida escolar de los adolescentes romanos y su entorno durante el Alto Imperio*, Trabajo de Investigación (DEA), leído en la Universidad Nacional de Educación a Distancia el 21 de diciembre de 2005.
- MORO IPOLA, M.; «Quintiliano de Calahorra: didáctica y estrategias educativas en la Antigua Roma», *Foro de Educación*, Nº. 9, (2007), pags. 125-132.
- NÉRAUDAU, Jean Pierre; *Être enfant à Rome*, Paris: Les Belles lettres, 1984.
- REGGIANI, A.M., *Vita e costumi dei Romani antichi. Educazione e scuola*, Roma: Edizioni Quasar, 2000.
- SAINT-DENIS, E., de, «Pline le Jeune et l'education de la jeunesse» en *Revue Universitaire* 55 (1946) pp. 9- 21.
- SOGLIANO, A., «La scuola in Pompei» en *Att. Accad. Pontan.*, LIII (1923) pp. 73 y ss.
- WILKINS, E., *Roman Education*, Cambridge, 1914.